

RONEN GIVONY

**NOT
FOR YOU**

PEARL JAM

VIVIR EN
PRESENTE

Traducción de Manuel de la Fuente Soler

Alianza editorial

Título original: *Not For You. Pearl Jam and The Present Tense*

Esta edición ha sido publicada por acuerdo con Bloomsbury Publishing Inc a través de International Editors'Co'.

Not For You. Pearl Jam and The Present Tense fue publicado originalmente en Estados Unidos en 2020 por Bloomsbury Publishing; dicha editorial realizó todos los esfuerzos para localizar a los poseedores de los derechos, y agradecerá recibir noticia de cualquier persona cuya propiedad no haya sido acreditada.

Los agradecimientos de la página 421 constituyen una extensión de esta página de derechos.

Reservados todos los derechos.

El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© Ronen Givony, 2020

© de la traducción: Manuel de la Fuente Soler, 2022

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2022

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15; 28027 Madrid

www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-1362-797-7

Depósito legal: M. 5.619-2022

Printed in Spain

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

alianzaeditorial@anaya.es

El arte musical es, sin lugar a dudas, el único que despierta las pasiones más extrañas, las ambiciones más absurdas, e incluso diría las más características monomanías. Entre los enfermos recluidos en instituciones psiquiátricas, aquéllos que creen ser Neptuno o Júpiter son fácilmente identificados como monomaníacos, pero otros muchos hay que disfrutan de una completa libertad y cuyos padres jamás han pensado someterlos a la atención de la ciencia frenológica, pese a la evidencia de su locura. La música les ha trastornado el cerebro.

HECTOR BERLIOZ,
Les grotesques de la musique (1859)

Tiene que estar vivo, aprender la lengua del lugar.
Tiene que estar con los hombres de su tiempo, conocer a las mujeres de su tiempo. Tiene que pensar en la guerra y encontrar lo que le satisfará. Tiene que construir un nuevo escenario.

WALLACE STEVENS, «De poesía moderna» (1942)

Esa canción es como recibir una bofetada, poner la otra mejilla y recibir más. [Aplausos]. Bien pensado, es como todas las canciones.

Moore Theatre, Seattle (1995)

Índice

Preámbulo muy personal.....	11
Actores.....	25
Doce momentos en la prehistoria de Pearl Jam.....	42
The Bacchanal, San Diego (21 de noviembre de 1989)	51
Off Ramp, Seattle (22 de octubre de 1990)	68
«Jeremy», «Garden», «Yellow Ledbetter» (1991).....	78
J. C. Dobbs, Filadelfia (12 de julio de 1991).....	90
Palladium, Hollywood (6 de octubre de 1991)	97
Cow Palace, San Francisco (31 de diciembre de 1991)	106
<i>MTV Unplugged</i> (16 de marzo de 1992).....	114
Festival Pinkpop, Holanda (8 de junio de 1992).....	120
La banda sonora de <i>Singles</i> (1992).....	129
Estadio Flaminio, Roma (7 de julio de 1993)	139
Lakefront Arena, Nueva Orleans (16 de noviembre de 1993).....	159
Indirectas, acusaciones y cosas que no se dijeron (1993-1994)	175
Civic Center, Pensacola (9 de marzo de 1994)	183
Bayfront Park, Miami (28 de marzo de 1994)	202
Patriot Center, Fairfax, Virginia (8 de abril de 1994).....	220
Edificio Rayburn, Washington D.C. (30 de junio de 1994).....	234
Dave (1994)	251
Self-Pollution Radio, Seattle (8 de enero de 1995).....	260
Soldier Field, Chicago (11 de julio de 1995).....	272
38.ª entrega de los Premios Grammy (28 de febrero de 1996).....	288
Cox Arena, San Diego (10 de julio de 1998)	296
<i>Binaural</i> y la Batalla de Seattle (1999).....	309
Festival de Roskilde, Dinamarca (30 de junio de 2000).....	323

Madison Square Garden, Nueva York (13 de octubre de 2000).....	334
Nassau Coliseum, Uniondale (30 de abril de 2003).....	347
Puro humo (2006-2013).....	367
Tomas Young y <i>Body of War</i> (2007-2016)	377
Altice Arena, Lisboa (20 de junio de 2019)	395
Epílogo.....	413
Agradecimientos.....	421
Bibliografía	422
Índice onomástico	425

Preámbulo muy personal

Antes que nada, una confesión, además de una salvedad: sólo los he visto cincuenta y siete veces.

Se trata de una confesión porque a los más sensatos esta cifra les parecerá (según el gusto musical) obsesiva, excesiva o absurda, y con razón. Al fin y al cabo, ver a un artista cinco veces en directo implica lealtad, y diez veces, devoción (además de disponibilidad económica). No obstante, cuando sobrepasas los —digamos— veinticinco conciertos, se puede afirmar que estás desconectado de la gente adulta y responsable, lo que no siempre es malo.

Y sí, también es una salvedad. En la escala de los fans de Pearl Jam, con respecto a quienes están al pie del cañón o más bien a pie de obra, me situaría en un punto medio, más próximo al de aprendiz que al de maestro. Es un fenómeno común en este grupo, dar con personas (sensatas, por otra parte) que han visto un centenar de conciertos de Pearl Jam, que invierten meses de dedicación para verlos por todos los lugares del mundo, que te pueden decir lo que tocaron, dónde y en qué día concreto de las tres últimas décadas. En definitiva, hay quienes se burlarían de alguien que se atreve a escribir un libro con únicamente cincuenta y siete directos en su haber. Y no andan desencaminados, reconozco mi condición de diletante.

Cumplo con el canon, soy el típico fan de Pearl Jam. Parafraseando una de sus grandes canciones, hablo desde la posición de un chaval de los años noventa: nací en 1978 y estaba a punto de cumplir los trece cuando salió el videoclip de «Alive» en 1991. Dos años después, fui uno de los 950.000 compradores de su segundo disco, *Vs.*, la misma semana que se puso a la venta. Hablaba con mis amigos del colegio sobre Nirvana, Weezer y Nine Inch Nails, debatíamos si unos eran auténticos y otros unos «vendidos», y sabíamos o intuíamos que estaba produciéndose un cambio en la música y, por extensión, en la cultura juvenil. Terminé el instituto en 1997, los vi por primera vez (demasiado tarde, no hay excusa) en la gira de *Yield*, acabé la universidad en 2001 y me puse a seguirlos de verdad en 2003. Por citarlos de nuevo, ante todo soy, para bien o para mal, lo que en inglés se dice W.M.A., es decir, un estadounidense varón blanco (judío, laico y a la izquierda de Bernie Sanders, pero W.M.A. al fin y al cabo).

Aunque, por otro lado (imagino que es una forma de echarme flores), me considero el fan menos típico de todos. Llevo casi toda la vida dedicado a la música, pero no la del estilo de Pearl Jam. Mi oficio es la música clásica, el mundo orquestal, o lo también se conoce como música contemporánea: no suele ser el punto de partida para los seguidores del grupo. En casa escucho más Bach, Beethoven o Boards of Canada que rock. Estudié Literatura Inglesa y Norteamericana y realicé una tesis sobre novela contemporánea en una universidad que en inglés rima con «cárcel»^o. Si tuviera que llevarme un disco a una isla desierta, no elegiría a Pearl Jam ni Radiohead (el segundo grupo que he visto más veces) sino al pianista ucraniano Sviatoslav Richter, con piezas de Bach y Schubert. No lo digo para ir de nada, sino porque a menudo, en los conciertos de Pearl Jam, me viene una pregunta a la cabeza: ¿cómo he venido a parar aquí?



La idea de este libro surgió en Wrigley Field (Chicago), el 22 de agosto de 2016. Era el último de una serie de pocos conciertos, cuatro, celebrados a finales de verano y que había comenzado en Fenway (Boston). El público se acomodaba mientras se desvanecía la luz del sol. Había llegado a Chicago dos días antes para ver el primer directo en aquella localidad, que resultó un tanto deslucido, con demasiadas versiones y un repertorio ligeramente monótono (ya los había visto en esa gira en Miami, Fort Lauderdale, Nueva York, Filadelfia y la segunda —y vaya, la peor— noche en Fenway). Parecía que todos conservaban el recuerdo del primer concierto en Wrigley Field de

^o La Universidad de Yale (por «jail», «cárcel»). [N. del T.]

2013 (un festín majestuoso de tres horas, interrumpido por la lluvia y que concluyó a las tres de la mañana), y la pregunta que estaba en la mente del público era si aquella sería también una actuación antológica.

Busqué mi asiento en la zona de atrás del estadio (mi amigo se había hecho con una pulsera, y estaba más adelante) y aparecieron un par de machos alfa enormes, de aspecto teutónico y que iban ya borrachos, que se sentaron o acucillaron cerca de mí. Por la manera en que se dirigieron a una posición más central y con mejor perspectiva, sin detenerse a mirar los números de las localidades, quedó claro que buscaban una butaca mejor sin haber pagado: un pecado menor que yo también he cometido a la mínima ocasión. En cuanto consolidaron el territorio conquistado, empezaron a canturrear (el cariñoso y tradicional «¡E-DDY! ¡E-DDY!», que alternaban con «¡ENSEÑA LAS TETAS!») y me quedó igual de claro el tipo de compañía que iba a tener durante dos horas y media.

Al instante, me saludaron con su dentadura resplandeciente. Nos dimos la mano: uno trabajaba en el sector tecnológico, otro en finanzas, y ambos decían que eran «del valle», es decir, de Silicon Valley. Eran el ejemplo de manual de lo que gente como yo calificaría de idiotas: dos tíos blancos, altos y musculosos, con pantalones militares, gorras de béisbol y chanclas, a los que les gustaba el *lacrosse*, los juegos de beber cerveza y Dave Matthews.



«He won the lottery when he was born...»
(fotografía de Chip Somodevilla en una convención republicana de Trump).

Dicho de otro modo, la clase de gente que ves a montones en los conciertos de Pearl Jam. (Este contingente era idéntico al de los seguidores de Trump que proliferarían en las fotos de los periódicos dos meses y medio después, tras las elecciones presidenciales.)

Los tíos me preguntaron de dónde era, me llamaron por el nombre de mi barrio («¡Cojonudo, Brooklyn!»), pero no sin antes darme un golpe en el hombro para animarme a «disfrutar con Pearl Jam».

Es fácil ridiculizar a esta gente, no son personas muy profundas y nadie va a defender a los de Silicon Valley. Sin embargo, aquello me dio que pensar.

Cómo explicar que, con todas nuestras diferencias políticas, laborales y educativas, durante dos horas y media estaríamos juntos, cantando, desafiando y creyendo, de manera poco lógica, que el mundo tenía solución.

Cómo explicar que, con todas nuestras diferencias en todo lo que no fuera Pearl Jam, sabíamos que estábamos asistiendo a un concierto memorable desde que empezaron con «Oceans» y pasaron a «Footsteps» y «Off He Goes». Al terminar el concierto, volveríamos a no tener nada en común¹; pero en ese momento, en aquel estadio, con la única ayuda de una canción y quizás la cerveza, estábamos unidos por la música.

La respuesta es sencilla: eso es lo que ocurre en los conciertos de Pearl Jam (y para mí, en ningún otro sitio).



Es un *hobby*, imagino, o una adicción. Y como algunas adicciones, a veces parece una enfermedad.

Se producen una serie de síntomas claros (náusea, dolor en el pecho y una sensación de pánico ininterrumpido) el día que se anuncia una gira. Entonces despiertan de su hibernación y muestran su horrible rostro. Es inconfundible, como el inicio de «Long Road»: la sensación de nervios y mareo, el sudor en las palmas de las manos y las axilas, el temor remoto, contenido hasta entonces, de que habrá conciertos a los que no podrás asistir. Y también las preguntas: ¿Cuántos conciertos podré ver y con quién iré? ¿Dónde me alojaré? ¿Cómo viajaré? Y, me cago en la leche, ¿habrá entradas?

La adicción se manifiesta en múltiples etapas. No discrimina entre jefes y empleados, ni entre progres y fachas, aunque por su público se podría pensar que sí. Ocurre poco a poco: un día eres un fan ocasional, feliz de ir a verlos de vez en cuando, y de repente, te conviertes en un sociópata que

¹ Aparte del privilegio de ser varones, blancos y ciudadanos estadounidenses, lo que, huelga decirlo, no es poca cosa.

opina sobre la versión definitiva de «Daughter». Un día estás feliz cuando el grupo ofrece *bootlegs* de la última gira, pillas unos cuantos y, sin que te des cuenta, de inmediato tienes 585 versiones de «Even Flow».

Desde un punto de vista racional, intelectual, sé que basta con un concierto (o dos o tres). Soy consciente de que muy pocos ven tres conciertos al año, y no digamos ya por semana. Recuerdo el número de actuaciones flagrantemente malas que he visto para obligarme a la moderación, pero después me pongo *Vs.* o *Yield* y acabo yéndome a verlos (claro está, de forma inesperada) a Carolina del Sur o a Wisconsin, y entonces decido que, si puedo, jamás volveré a perderme un concierto.



No es miedo a perdermelos, sino a perderme algo extraordinario, lo que nunca hay que descartar cuando hablamos de Pearl Jam. Cualquier seguidor lo confirmará, al margen de haberlos visto dos o veinte veces: cada actuación es distinta. Podría pensarse que, después de treinta años, se han vuelto predecibles. En absoluto, se trata de una banda que hoy es más imprevisible que nunca en concierto (otra cosa son los discos en estudio). Son espectáculos diferentes tanto en los aspectos obvios (los listados de canciones) como en los sutiles (el momento). Noche tras noche, cada concierto es único, independientemente de si han tocado una u otra canción.

Todos empiezan y terminan de forma variable. De acuerdo, muchos concluyen con «Yellow Ledbetter» y, de acuerdo también, hay patrones estadísticos. Durante la primera hora, se ofrecen temas eufóricos («Hail, Hail», «Why Go», «Last Exit») o canciones con las que les gustan comenzar («Release», «Corduroy», «Long Road»). Nos agrada o no, quizás tocarán «Given to Fly», «Even Flow» y «Small Town». Pero un día abren con «Present Tense» (en London, Ontario, en 2013) o con «Crazy Mary» (Madison Square Garden, 2003) o con «Rain», de los Beatles (Belo Horizonte, Brasil, 2015) o con «Hard to Imagine» (en varios lugares durante el verano de 2008), y entonces piensas que habrá sido glorioso y que deberías haber estado ahí.

A lo largo de la actuación, pueden tocar una serie de temas tranquilos («Of the Girl», «Low Light»), dejarte sin habla con exitazos («Brain of J», «Spin the Black Circle») o virar a la psicodelia («Rearviewmirror», «Porch»), a *suites* con diversas partes («Present Tense», «Immortality»), ejercicios rítmicos («Rats», «In My Tree»), *jams* blueseras («Smile», «1/2 Full»), temas para corear («Better Man», «Black») o que te levantan al instante («Breath», «Go»). Puede que toquen el último disco casi por completo (en 1998, 2006 o 2013) o que complazcan a los fans al dejar de lado los temas recientes (2005, 2008 y 2016). Te pueden asfixiar con versiones sin sentido (exacto, «Driven

to Tears»), ir a lo seguro con los clásicos (normalmente en los festivales) o conceder a los más exigentes rarezas alucinantes. En cualquier momento puedes escuchar una canción que sólo tocan una o dos veces en la gira, u otra que repiten tal vez demasiado. ¿De cuántos artistas se puede decir esto?

No hay un grupo de la talla de Pearl Jam que ponga tanto empeño, emoción y dedicación para reinventarse en concierto (con todos los recursos, y mucho más, que salen de sus dedos). Fugazi ya cambiaba de repertorio cada noche, lo que explica en parte esta manera de proceder de Pearl Jam. Evidentemente, también es característico de *jam bands* como Phish o los Grateful Dead, pero ninguna llega a la categoría de fenómeno mundial. Y cuando vas a ver a U2, sabes que casi siempre van a repetir el mismo espectáculo, donde la estructura escénica impera sobre la espontaneidad. Por otro lado, un directo de Pearl Jam te puede aburrir o dejar boquiabierto, para comprobar, al día siguiente y en el mismo escenario, que han salido con ímpetu renovado o que, curiosamente, te han decepcionado.

En definitiva, que con Pearl Jam nunca se sabe si vas a ver un espectáculo único o del montón. En mi opinión, es un grupo que sugiere una lectura sobre la vida y una lección sobre cómo vivirla. Casi todos nos movemos en una rutina, con días que no varían mucho entre sí, que son desesperadamente repetitivos. Pero el día que actúa Pearl Jam, por definición, se rompe esa dinámica: a las ocho, o cuando empiece el concierto, contaremos con más opciones de participar en algo importante, un momento trascendental de alegría, belleza y armonía. No puede decirse lo mismo del resto de días del año. Su ejemplo indica muchas cosas sobre el grado de improvisación y espontaneidad de nuestra vida cotidiana. De alguna manera, constituye algo que podemos aprehender para una existencia más plena, más consciente del momento, para una vida en presente.



Cuando viajo para verlos, siempre envío el mismo email a mis amigos: «Estaré ahí para ir al concierto de Pearl Jam (qué raro, ¿no?)». El «qué raro, ¿no?» es mi pequeño escudo, aunque no sé muy bien de qué me protege.

Porque *en serio* que es raro, para troncharse. No es algo que vaya compartiendo por ahí, mis amigos no lo entienden y provoca hasta sonrojo. Viajar por un motivo tan poco edificante como una banda de rock, y encima una a la que he visto cincuenta y siete veces. Hombres y mujeres de cierta edad (casi todos hombres, y por lo general blancos y con barriga) que asisten para corear, con mucho alcohol y torpeza, himnos de juventud. Grupos que tocan en estadios y que unen a sus fans de una manera espectacular y desconcertante. Es lo que sucede con la música rock.

¿Por qué considero a Pearl Jam un placer culpable, como un secreto que oculto a los demás? ¿Por qué pregonó sin temor que he visto a Radiohead dos noches seguidas y me callo lo de Pearl Jam? ¿Por sus canciones? Es más, ¿por qué parecen horteras, desfasados y cursis si tienen millones de fans (o quizás ésa sea la razón)? ¿Influye que no hayan grabado ningún disco bueno de verdad desde hace dos décadas? Vamos a ver, ¿son *buenos* o no? ¿No será más que nostalgia de los 90? Y aunque fuera así, ¿por qué son un vicio que no puedo dejar? Por eso me puse a escribir este libro, para encontrar la respuesta.



Creo que es justo (al menos así me lo parece) explicar lo que es y a lo que aspira este libro.

Ante todo, no se trata de una biografía oficial, y ni siquiera es una biografía como tal. No ha participado en su elaboración nadie del grupo y tampoco presumo de haber contado con acceso a información especial ni me considero el máximo experto. Tampoco quiero desvelar datos nuevos que no se hayan publicado. Diría más bien, por citar el título de una novela, que son las anotaciones de un fan. No soy periodista ni músico ni amigo del grupo, únicamente un fan: nunca los he conocido en persona ni he ido al camerino ni los he visto fuera de un concierto. Hablando en plata, tengo los mismos conocimientos que vosotros.



En un libro sobre el poeta Etheridge Knight, Terrance Hayes escribe lo siguiente:

Cuando, hace más de una década, empecé a recopilar entrevistas y anécdotas sobre Etheridge Knight, decía a la gente (sobre todo a quienes asaltaba para entrevistar) que no iba a escribir una biografía porque me llevaría otros diez años. Esto no es una biografía. Pero puede servir a futuros biógrafos. Lo considero una compilación de textos tan variados, caóticos y desnortados como la figura de Knight.



No se puede decir que una banda que ha vendido ochenta y cinco millones de discos sea caótica o desnortada, pero me quedo con lo de los textos variados. Le tomo la palabra a Haynes, este libro se caracteriza por la varie-

dad: reúne reflexiones, pensamientos, anécdotas y conjeturas. Sin ser del todo una biografía, puede sentar la base para textos futuros. Fundamentalmente son las anotaciones de un seguidor (apasionado, entregado y enfermizo en ocasiones), pero no excesivamente cegado, sino capaz de contar lo bueno y lo malo. Con este enfoque es normal que encontréis juicios que no os convenzan, opiniones con las que no estaréis de acuerdo (como mi visión del disco *Ten*) y alguna que otra idea que espero que os hagan pensar o escuchar de nuevo las canciones.

Hayes decía que le habría costado por lo menos diez años escribir una biografía de Etheridge Knight. Me veo igual. Sin contar los proyectos en solitario, las bandas sonoras, los siete u ocho DVDs oficiales, los sencillos navideños, la banda sonora de *Singles* y, claro, los once discos de estudio, existen más 1.100 *bootlegs* de Pearl Jam (oficiales, no oficiales y semi-oficiales) y un mínimo de 382 conciertos enteros en YouTube (con grabaciones que van de lo amateur a lo profesional o a los que tienen una calidad ínfima). Además, tenemos unas diez mil reseñas, entrevistas y reportajes, y referencias en Google-Libros hasta aburrir. Confieso que no lo he leído ni visto todo, pero sí la mayor parte, y resulta casi inabarcable. Creo que estaría bien elaborar un catálogo o listado rigurosos y ver lo que tiene valor de verdad.



Muchos creen que lo que genera Pearl Jam, o un grupo similar, roza lo ridículo, y tienen su parte de razón. Los coros, los solos de guitarra, la aparente ausencia de humor o de sentido del ridículo, el culto a la personalidad, los colegas histriónicos. (Que sí, lo sé.) En Estados Unidos, entre ciertos círculos (críticos, músicos y pedantes afines), Pearl Jam, como Poison, no es un grupo del que presumir en público, y sólo con ironía podría citarse, como un fósil que sigue vivo. Una banda como Journey provoca menos pitorreo. Es mejor defender a Def Leppard.

En una época dominada por el pop, el hip-hop y la música para bailar, se asume que nadie puede reivindicar el rock con la misma pasión que antes. Lo acepto sin rechistar y, aun así, cuando veo el anuncio de una gira, sudo de la emoción. Lo que quiero decir es que entiendo a la gente a la que no le gusta Pearl Jam: lo que me cuesta comprender es por qué siguen siendo tan importantes en mi vida y que, al mismo tiempo, no siempre me sienta orgulloso como fan o cuando estoy en un concierto. No sé si se puede adorar a un artista con esa intensidad y sentir apuro, o cierta ambivalencia, o incluso complejo de culpa; no sé si puedo ser objetivo con la música con la que crecí; no sé si estamos condenados a permanecer

fieles a los artistas de nuestros años mozos aunque con el tiempo dejen de valer la pena.

«No digo que fuera el mejor, pero New York Dolls era mi grupo favorito de rock», escribió el crítico musical Paul Nelson, «aunque respeto a quienes no les gusta. Los respeto, pero en el fondo no quiero saber nada de ellos».



Comparto y suscribo las palabras de Paul Nelson. Hay que decirlo, aunque, por lo que sea, pocas veces se haya proclamado. No es un elogio que se atribuirían los propios Pearl Jam (sus compañeros dinosaurios de U2 no tendrían problema, sin embargo) ni que comparta casi ningún crítico musical. Pese a todo, ya va siendo hora de reconocer un hecho incontestable: fueron con diferencia el mejor grupo estadounidense de los años noventa, incluso la gran banda de una década increíblemente fértil. Mejores que Nirvana, que Rage Against the Machine, que Fugazi, Sleater-Kinney o Pavement. Y eso sin movernos de continente, de momento. Fue la década de Pearl Jam, y tal vez me quede corto.

Aunque no hubieran salido discos tan radicales como *Exile in Guyville* [Liz Phair], ni tan influyentes como *The Chronic* [Dr. Dre], tan contagiosos como *Crooked Rain, Crooked Rain* [Pavement], ni tan hipnóticos como *In the Aeroplane Over the Sea* [Neutral Milk Hotel], podríamos seguir sosteniendo que nadie en todos esos años grabó nada a la altura de *Ten*, *Vs.*, *Vitalogy*, *No Code* y *Yield*. Y dejo de lado Temple of the Dog, la banda sonora de *Singles*, *Mad Season* y un puñado de caras B que son auténticos clásicos. No puede negarse que publicaron cinco discos casi perfectos en siete años, como tampoco que, por otra parte, ascendieron a niveles cómicos e incómodos de la fama, ofrecieron centenares de conciertos legendarios, se desviaron de su camino de forma muy sonada, dejaron un ejemplo inigualable, y todo ello con su puro magnetismo, con carácter y de manera consciente, si bien no siempre con elegancia. Puede que su obra decayera tras el infravalorado *Binaural* y *Riot Act*, pero bueno, nadie es perfecto, o nadie se mantiene siempre en la perfección.



Éste es un libro sobre Pearl Jam, que trata de un grupo de músicos errantes que se conocieron, escribieron en menos de diez años un volumen desmesurado de canciones (casi todas excepcionales), siguieron juntos y así llevan ya más de treinta años.

Sin embargo, también es la historia de una cultura, una generación, unos valores y una época, de cuando no lo teníamos todo con mover sólo un dedo. Es la historia de una actitud, política y progresista, sensible y también comercial, independiente a la par que comprometida, cuando era completamente normal que una banda compareciera en el Congreso para declarar sobre los monopolios empresariales, cuando no sólo era posible sino imperativo realizar descubrimientos de forma tangible, interactiva y con dedicación, cuando las estrellas tenían claro su papel como servicio público y del lado de la justicia, cuando el equivalente de peliculastros como *Avengers: Endgame* eran, aunque cueste creerlo, *Vitalogy* y *Vs.*



Un libro sobre Pearl Jam es un libro sobre Nirvana, y sobre Seattle y el extraordinario resurgimiento de la música estadounidense a principios de los años noventa. *In Utero*, *Enter the Wu-Tang*, *Midnight Marauders*, *Siamese Dream*, *Ready to Die*, *The Downward Spiral*, *What's the 411?*, *Live Through This*, *Illmatic*, *The Blue Album*, *Southernplayalisticadillacmuzik*, *Automatic for the People* y *Superunknown*, entre otros. Por desgracia, también trata sobre Silverchair, Candlebox y Collective Soul, sobre Newt Gingrich, Bill Clinton y Ralph Nader, sobre Ticketmaster, las empresas tecnológicas y la Organización Mundial del Comercio; y también es un libro que trata de cómo hemos llegado hasta hoy.

De todas las bandas estadounidenses, es casi la única con recorrido también en el siglo veintiuno. A diferencia de Nirvana o Pavement (con las que comparte una similar capacidad de influencia), el camino desde «Alive» a «Off He Goes», desde «Black» a «Bugs», desde «Indifference» a «Arc», y desde *Ten* a *Let's Play Two* es parte de un relato simétrico, desde la Guerra del Golfo en 1991 a las Dixie Chicks, ese grupo de country que se atrevió a criticar a Georges Bush, desde Anita Hill, que acusó a Clarence Thomas, candidato a la Corte Suprema de los Estados Unidos, de haberla acosado sexualmente, a Christine Blasey Ford, que acusó al magistrado Kavanaugh de abuso sexual, desde Malice Green, negro asesinado por la policía de Detroit en 1992, a Michael Brown y George Floyd, negros asesinados por la policía en 2014 y 2020, desde «Jeremy» a las matanzas de Columbine y Parkland, en las que murieron 30 personas, desde Andy Wood a Kurt Cobain y Chris Cornell. Sería exagerado señalar que hay que saber esto para valorar al grupo que escribió «Yellow Ledbetter», y el propio Eddie Vedder diría que esa canción trata de un soldado que regresa del golfo Pérsico, y es la única siempre presente en los treinta años de trayectoria del grupo.



Pearl Jam fue la banda más famosa, influyente e imitada de los años noventa. Pocos lo niegan. Con todo, también fue la que recibió críticas más duras, de una forma diferente a, por ejemplo, Stone Temple Pilots. El cisma empezó ya en 1989, antes incluso de llamarse Pearl Jam, y tiene mucho que ver su insistencia en triunfar a su aire. Se les catalogó de voceros, se les tachó de oportunistas, se les aplaudió por su integridad y se les reprochó su sinceridad. Se dijo que eran trepas, luego que saboteaban su carrera; que eran superventas, y después que apenas vendían. Y cuando comentaban en voz alta que les importaba bien poco, aumentaba el resentimiento.

Cualquier chaval de la época conoce su origen y su ascenso fulgurante a la historia de la cultura popular. Lo resumimos rápidamente. A principios de los años noventa, Pearl Jam lanzó tres clásicos que arrasaron (*Ten*, *Vs.* y *Vitalogy*) y a continuación, como Greta Garbo, se apartaron de las masas. En estos discos, fusionaron el estilo de los grandes grupo de rock de los setenta con la sensación de autenticidad de los noventa. No se situaron en ningún movimiento concreto, musical ni de otro tipo, volaron por su cuenta y según sus normas, con un proyecto poco convencional, que no excluía a nadie y, en cierta medida, abierto a todos. Con el tiempo cambiaron la idea general de lo que podía conseguir un grupo sin renunciar a sus principios. Su éxito fue un caso aparte, un fenómeno, una historia ciertamente insólita.



No es casual que la edad dorada del grunge corresponda con exactitud con la llegada, ilusión inicial y desencanto de la era Clinton. En este sentido, Pearl Jam fue el grupo por antonomasia de esa época. De todos los grupos que adquirieron relevancia a principios de la década (fueran de rock, hip-hop u otro género), Pearl Jam fue el que hizo los discos más importantes y el que estuvo envuelto en más momentos más decisivos, como el *MTV Unplugged*, Lollapalooza, la banda sonora de *Singles*, el lío con Kurt Cobain o Ticketmaster. Las maquetas de *Ten* se grabaron en el verano de 1990, unos días después de que Sadam Huseín invadiera Kuwait, y el álbum salió al mercado cuando se iniciaba el derrumbamiento de la Unión Soviética. La grabación de *Vs.* comienza una semana después de la investidura de Clinton y prosigue mientras el gobierno hace frente a los fundamentalistas de Waco (Texas) y a los antiabortistas del sur. *Vitalogy* se publica a los pocos días de que los republicanos, liderados por Newt Gingrich, llegaran al poder en el Congreso; *No Code*, en el año de las reformas sociales, del escándalo Whi-

tewater y de la ley de telecomunicaciones; *Yield*, durante el escándalo de Monica Lewinsky; y *Bianaural*, entre la denominada Batalla de Seattle, el inicio de una nueva etapa del movimiento antiglobalización contra la Organización Mundial del Comercio, y las elecciones del año 2000.

En 1991, el rock era una expresión artística institucional, en decadencia y agotada. En la escena de Los Ángeles seguían apareciendo grupos metales que reproducían los estereotipos misóginos y machistas de la década anterior. El país salía de la era Reagan. Sólo habían pasado dieciséis años desde Vietnam, menos de lo que duró la guerra de Afganistán. En su encuesta anual entre estudiantes de instituto, *The World Almanac and Book of Facts* proclamó a Norman Schwarzkopf, comandante de las tropas estadounidenses en el golfo Pérsico, la persona más admirada del momento (la segunda fue Julia Roberts, que había triunfado con *Pretty Woman*, y la tercera, el presidente George Bush). Los chavales eligieron como canciones favoritas «More than Words», de Extreme, y «I Wanna Sex You Up», de Color Me Badd, así como las series *Sensación de vivir* y *El príncipe de Bel-Air*... Había que reiniciar la imagen del rock.

«Los viejos tiempos dan paso a una nueva generación», dijo en una columna del *New York Times* Peggy Noonan, escritora de los discursos de Reagan, dos días después de la victoria de Clinton. Y Pearl Jam, en sintonía con esos tiempos, llegaba a proporcionar un nuevo relato. La voz de los jóvenes y los trabajadores había sido hasta entonces, como mucho, una mera curiosidad, pero el grunge proporcionó a toda una generación un foro para compartir una expresión artística popular auténtica, rebelde y rabiosa. De ese modo, los grupos y su música contribuyeron a crear, durante un tiempo, una nueva cultura juvenil, del pueblo, progresista, sensible y comprometida, para una década que se las prometía distinta.



Tras el fallecimiento de Chris Cornell en 2017, el músico Hank Shteamer señaló lo siguiente:

Me da la sensación de que el rock de mi juventud se valora en la actualidad con sorna: toda esa palabrería y angustia de los noventa se muestra condescendiente de forma retroactiva y lo mira igual que los grupos «melenudos» de los ochenta. Pero hay que dejarlo claro: ese rock es inmortal. Lo sabe quien haya escuchado de nuevo, pero de verdad, canciones como «Would?» o «State of Love and Trust» (no es casual que las bandas que considero emblemáticas aparezcan en la banda sonora de *Singles*, un auténtico tesoro de mis años juveniles, quizás mi disco favorito de recopilación de varios

grupos) o «Limo Wreck». Era música muy arriesgada, de una composición e interpretación excepcionales. Una música que, al igual que me encantan los grupos próximos al *mainstream* como Queens of the Stone Age, Mars Volta o Mastodon, llega a un amplio público con una grandeza y solidez que no se ha vuelto a repetir.

Transcurridos treinta años, resulta oportuno preguntar si se ha restaurado el régimen supuestamente derrocado por Pearl Jam y sus coetáneos, y si los restos de la era grunge han quedado desfasados. Entonces estaban Michael Jackson, Garth Brooks, Michael Bolton, Mariah Carey y Billy Ray Cyrus. Hoy tenemos a Kanye West, Drake, Ed Sheeran, Taylor Swift y bueno, también a Billy Ray Cyrus. Si Pearl Jam nunca hubiera grabado ningún disco, ¿podría afirmarse que el paisaje musical sería hoy distinto? ¿Podría decirse que Seattle, la ciudad cuya cultura definió los años noventa para dar paso a Amazon, Microsoft y Starbucks, es un lugar mejor gracias a lo que aportaron? Lo que queda abierto para el debate es si la música de principios de esa década creó un efecto saludable en la cultura o si los tiempos actuales demuestran lo contrario.

SUSAN SONTAG: Era el *mayor* fenómeno de los años veinte. Es increíble, hay que pensar que entonces era tan famoso como Lindbergh.

IRVING HOWE: Su historia reflejaba la naturaleza de nuestra civilización, el emblema de nuestros tiempos (sin olvidar que era la historia individual de una persona) y, bueno, encarnaba todos los temas de nuestra cultura: heroísmo, voluntad, ese tipo de valores. Pero si lo pensamos ahora, resulta bastante extraño.

SAUL BELLOW: A ver, tiene su punto irónico ver lo rápido que lo hemos borrado de la memoria cuando dejó una impronta asombrosa. Era un tipo gracioso y al mismo tiempo tocó la sensibilidad de mucha gente, quizás de un modo que todos prefieren olvidar. La suya fue una historia rara de verdad.

Zelig

Actores

Pearl Jam: Grupo formado en Seattle en 1990. Mejores canciones: «Tremor Christ», «In My Tree», «Hard to Imagine», «Go», «Release», «Hail, Hail», «Parting Ways», «Insignificance», «Come Back», «Unthought Known», «Save You», «Grievance», «Down», «Blood», «Leash». Peor canción: «Can't Deny Me».

Eddie Vedder: el líder. Nació en 1964. Vivió sus primeros años en Chicago y San Diego. Mejores canciones: «Off He Goes», «Long Road», «Better Man», «Corduroy», «Rearviewmirror», «Immortality», «Lukin», «Porch», «Around the Bend», «Green Disease», «Sleeping by Myself». Peor canción: «World Wide Suicide». Cita característica: «Si algunas vez has intentado pedir una pizza con cinco personas, sabes lo mucho que cuesta».

Stone Gossard: el fundador. Nació en 1966 en Seattle, ciudad en la que vive desde pequeño. Mejores canciones: «Breath», «Daughter», «Black», «Even Flow», «All Those Yesterdays», «Of the Girl», «Parachutes», «Rival», «No Way», «Alive». Peor canción: «Thin Air». Cita característica: «Tenemos un batería y un cantante estupendos. Ahí está la clave. Mike y yo no tocamos mal, pero tampoco hay que ir muy lejos para dar con unos cien guitarristas fantásticos».

Mike McCready: el llamativo. Nació en 1966 en Pensacola, si bien se desplazó de crío a Seattle. Mejores canciones: «Faithful», «Brain of J», «Present Tense», «Let Me Sleep (It's Christmas Time)», «Yellow Ledbetter».